

Ricardo A. Latcham

LA SOMBRA DEL ABUELO

La vida real y los sueños son páginas de un mismo libro; la costumbre llama vida real a la lectura ordenada y ensueño a lo que hojean la indigencia y el ocio ULYSSES, DE JAMES JOYCE.

ABUELO Tomás se asocia en mis recuerdos a cierto despertar consciente. Antes de él hay un limbo de vagos fantasmas, una sucesión de imágenes que repentinamente se ciñen de realidad, para ofrendar sensaciones opacas, borrosas, de algo sideral, como de una anterior existencia teosófica.

Abuelo Tomás está ligado a una casa antigua, polvorosa, a unos muebles grandes como catafalcos, a un vetusto sillón destartalado, que hacía marco a su tosca estampa de marino inglés. Recuerdo también un patio interior, donde dominaba un gran naranjo, que se vestía de gala, embalsamando el patio como una novia frutal. Allí estaba la pieza vieja y sombría cual la bodega de un barco. Abuelo Tomás prendía siempre una estufa. Yo no sé por qué semejaba un anticipo del infierno para los dos o tres chicos de la mansión. Como un viejo pirata, cansado de peregrinar por el lomo del mar y con el alma tatuada de paisajes, Abuelo decli-

naba en ese historiado mueble, último barco en que acunó su fantasía sajona.

En el mobiliario vecino se apilaban las revistas, las ropas, las cachimbas, las menudencias infinitas que secundaron su senectud rabiosa y entristecida.

Siempre flotó por la casa la sombra tenaz de Abuelo. Le dió un color especial a todas las cosas. Se fué infiltrando por los caracteres de los dos tíos: rojo y negro como corsario, el tío Frank; rojo y blanco, con descolorada e inexpresiva cara de limón, el tío Fred.

La abuela vivía en el otro patio, amortajada en sus trajes negros de la época victoriana.

De un patio a otro, descendían insensiblemente los grados de la cordialidad. La abuela, dulce y fina viñeta de otra edad, conservó siempre la tersura de un rostro blanco y lechoso, que no mancilló el cosmético ni aún el suave realce de los polvos de arroz. Señorial y bondadosa, su vida se disolvía dulcemente como una antigua canción que se lleva el viento.

Algo, empero, los unía: la religión puritana.

Para mí, educado en el catolicismo suntuoso y ritual, por la austerísima tía Mercedes, la casa de los abuelos me dejó siempre un hueco en el corazón. El Dios de ellos era más duro, más victorioso, que el suave Dios de los villancicos monjiles y de las mil canciones místicas y amorosas con que lo honraban las Clarisas. Nunca el Dios puritano me dió vuelcos al corazón, ni jamás tuvo virtudes de surtidor, ni roscas, ni dulces, ni flanes, ni canciones gratas.

Abuelo Tomás se extinguía sin soltar el timón del mando. Dormitando suavemente sobre las quimeras, siempre recordaba la pompa marina de sus días moceriles. Por eso cuando nos miraba desde la tumba de sus ojos, duros y claros ojos de acero, se nos figuraba el "Señor Capitán" y nos corría por las venas una humilde sumisión de grumetes.

Su voz era voz de mando, de amo. Accionaba siem-

pre con su pipa, cuya humosa bruma nos hacía pensar en la lejana Inglaterra de la familia, en las colinas verdes, levemente onduladas, de Bristol, en una gran casa, con losas en los corredores y arcadas de ensueño, con duendes y fantasmas y todo un silencioso cortejo evocador. Digámoslo quedamente, para que Abuelo Tomás no vuelva. Nunca le tuvimos simpatía, mientras vivió. Desde las cuencas torvas de su mirar, salía algo que nos era antipático.

Sus mismas cejas espinosas y erguidas como dos pequeñas escobillas, nos hacían temblar. Santa Claus redivivo, eso era el Abuelo. Y por grande que fuese la estimación al santo de los juguetes y de las medias colmadas, algo de espanto nos ponía en el corazón.

Sin embargo, no todo era hostil en el anciano obstinado, que se sumía cada vez más en sus fumarolas de tabaco rubio y descortezaba palos para entretenerse. En varias ocasiones nos obsequió navíos, que carpinteraba por su propia mano, dura en el mando otrora y dúctil en cepillar y pulir las maderas, en sus ocios de senectud.

Nos llamaba con voces agrias, en que después vi exageraciones de un hombre que deseaba poner disciplina en una casa de neurasténicos. Yo nunca pude soportar el inglés, pero Abuelo Tomás me lo gritaba por todas partes, vaciando materialmente las exclamaciones sajonas por mi tierna cabeza de ocho años. El diluvio vino cuando me regaló una hermosa biblia protestante, una de esas biblias lustrosas, con olor a cola, que dan los pastores y donde el fanatismo mutiló páginas, suprimió notas y castró un libro santo. Yo la guardé como algo raro. Me servía para deletrear el A B C del idioma británico, pero tenía un no sé qué de funerario, que colocaba algo recelante en la vuelta acelerada de sus hojas con filamentos dorados.

Tía Mercedes me la halló un día en el cajón de los juguetes, al lado de una espada, cuya empuñadura

de bronce tenía esculpida la figura marcial del Kaiser, y de unas papayas confitadas que se fugaron de la despensa. Todo el catolicismo hervoroso de Tía Mercedes se desencadenó sobre ese libro armatoste, cuyos folios fueron más tarde rosas de fuego en el fogón de la cocina.

—¿No te dije siempre que no recibieras nada de ese hereje? ¿No te he dicho toda la vida que cae la excomunión sobre el que lee esos librotos indecentes?

Y tía Mercedes, como heraldo flamígero del Señor de los Ejércitos, procedió a ejecutar la rápida quemazón del infolio, tras el auto de fe que me privó, por tres días, de dulces y recaudos extraordinarios.

Cuando retornaba a la casona sombría del abuelo, después de las largas vacaciones nortinas, encontraba más obstinado el cerco de aislamiento del antiguo marino. En el primer patio, la abuela se deshacía como una candela aromática. Tenía cada vez un tono más pulcro, algo de santa que realzaba la palidez cerosa de su rostro de virgen sajona. Su puritanismo era más ponderado; por sus venas corrían efluvios más occidentales. Abuelo Tomás, en cambio, era más nórdico; pareció salir de una caverna o fiordo de las islas escandinavas. Sus orejas grandes, su pelaje bizarro, las propias canciones con dejos piráticos que cantaba; sus manos de vencedor; sus ojos impenetrables y con fijezas de obstinado; toda la recia armadura que soportaba sus últimos años, decían de otra cosa, distinta, sin realces de cordialidad. La sombra del abuelo quedó para siempre grabada en mí. No se fué con su desaparición material. Quedó flotando en la casa vetusta se paseó por los patios húmedos; se sentaba y desdoblaba en el sillón destartalado. Me pareció sentir muchas veces que me tocaba con el contacto impalpable, pero certero, de una fuerza de ultratumba. Tal vez fué lo que me dió un carácter especial: sombrío, huraño, desconfiado y taciturno.

Sí; fué la sombra del abuelo la que me metió vejez en los huesos y a los diez años me hacía meditar como un cura y ponerme unos trajes negros de sepulturero. Todavía la siento flotar. Se pasea, se mueve de una parte a otra, hace espirales.

A veces, en las noches, parece burlarse de mí. Se trepa al viejo naranjo, le sacude las hojas y cuando está de humor, se mete con los venerables infolios de Walter Scott, Dickens y George Eliot. Los deja abiertos al azar, sacude las pipas, sonoras como ataúdes nuevos; y hasta tiene humorismos extraños: se cuele por todas partes, como un mensaje de ultratumba.

Abuelo Tomás acabó por morir un día. Se fué sin darle aviso a nadie, como acelerando su voluntad obstinada. Lo hallaron tumbado, a la vera de su trono predilecto, junto a una mesa con una cachimba vacía y un novelón a medio leer. Los indicios de la muerte no se extremaron sobre su rostro duro, de lobo de mar. Apenas las arrugas se hicieron más agudas, como surcos de una siembra última. Los pelos híspidos se acentuaron; parecían ahora unos alfileres que sobresaliesen de las cejas espesísimas.

Lo vistieron de negro, poniéndolo en la capilla ardiente. Así lo contemplé por vez postrera. Ese su rostro bronceado, estaba ahora madurecido de silencio. Era el definitivo y sin apelación. Sus manos duras descansaban con suavidad. El timón invisible de sus rumbos yacía quebrado para siempre. Por vez primera, sentí afecto hacia este viejo rudo y raro, que nos metía el miedo por el cuerpo.

Adentro rezaba un pastor largo y espigado como un

espárrago. Salían unos acordes singulares, protestantes, que me echaban pavor en el ánimo.

The Lord be with you, and with the spirit.
The Lord be with you, and with the spirit.

Y así continuaba esta cavernosa letanía sepulcral. Un terror inusitado, extraño, me empujó, acongojándome, hacia el patio luminoso, abierto a la vida y por cuyo jardín danzaba la alegría.

Mientras sacaban el negro féretro, derramé las últimas lágrimas por el abuelo. Las primeras fueron de terror. La letanía continuaba sacra y monocorde. El ataúd se perdía más allá de la gran puerta, seguido de un cortejo enlutado y solemne.

En el patio se coló una torreja gozosa de sol por entre las ramas del gran naranjo. Adentro, en el salón, se hacía más sutil la finura espectral de la abuela sollozante. Abuelo Tomás se había marchado para siempre por la gran puerta que rara vez cruzó en sus últimos años; pero su sombra recia nos siguió acompañando por mucho tiempo.